

Una sola persona le acompañaba. En la prosperidad todos se disputaban estar á su lado. El Padre Soria bajó del coche como pudo; pero se sintió mal, se desvaneció al grado de haberle auxiliado Maximiliano dándole un frasco de sales para que las aspirase y se recuperara.

Después que los sentenciados bajaron de los coches y fueron á colocarse en los sitios que se designaron, el fiscal leyó en alta voz el artículo de la ley militar que condena á muerte á cualquiera que pidiese la vida de los reos. Maximiliano dejó á Miramón el puesto de honor, dirigió frases de consuelo al general Mejía y habló con benevolencia al oficial encargado de mandar la ejecución.

En el lugar señalado se adelantó un piquete de las fuerzas de Nuevo León y se desplegaban formando el cuadro, cerca de cuatro mil soldados al mando del general Jesús Díaz de León. Los reos se detuvieron á corta distancia de una tapia de adobe derruida, y se voltearon hacia el Oeste, quedando frente al pelotón. El oficial encargado de mandar la ejecución de Maximiliano, se le aproximó y le dijo que no había deseado ni buscado la misión que iba á desempeñar, y le pedía que no muriese detestándole.

—Joven, le contestó Maximiliano, os doy las gracias; pero el deber del soldado está en obedecer. Cumplid la orden que se os ha dado.

Después de haber ofrecido á cada soldado una onza de oro, les pidió que dirigieran bien la puntería al pecho. Abrazó á Miramón y á Mejía, diciéndoles:

—Vamos, dentro de un instante, á encontrarnos en el otro mundo.

Colocados los sentenciados en sus puestos, quedando Miramón en el centro, avanzan frente á cada reo y á pocas varas un oficial y siete soldados. Maximiliano, después de obsequiar con la onza de veinte pesos á cada uno de los del grupo destinado á tirarle, les encargó que apuntaran bien, se quitó el sombrero y se pasó por la frente el pañuelo, dando estos objetos á su criado, con el encargo de que los llevara á la Archiduquesa Sofía, y con voz firme arengó á los soldados. (1)

Puesto al lado izquierdo de Miramón, se adelantó algunos pasos, y con voz clara y tranquila pronunció algunas palabras, acerca de las cuales hay distintas versiones, provenientes de los que las escucharon. Algunos cronistas aseguran que pidió perdón á los mexicanos por la sangre que había hecho derramar. (2)

(1) Se refiere y aun es materia de discusión, que dejando el lugar que ocupaba en medio de los dos generales, se volvió hacia Miramón y le dijo con caballeresca cortesía:

General, los Soberanos admiran á los valientes; antes de morir os cedo el lugar de honor.

En seguida se dirigió á Mejía que estaba absorto con la preocupación que le causó la escena en que acababa de ver loca á su esposa:

General, le dijo, lo que no ha sido recompensado sobre la tierra, lo será ciertamente en el cielo.

(2) La generalidad de las opiniones que han venido á reflejarse en la leyenda, nos han transmitido la siguiente alocución: “¡Mexicanos! los hombres de mi sangre y de mi origen son llamados por la Providencia para hacer la felicidad de los pueblos ó ser mártires. Llamado por gran número

Hay otra versión que comprende los mismos pensamientos, aunque no expresa tanta delicadeza, ni tacto tan fino, ni sentimiento tan artísticamente delineado, y es la siguiente: “Voy á morir por una causa justa, la de la Independencia y la Libertad de México. Deseo que mi sangre pueda cimentar la felicidad de mi nueva Patria. ¡Viva México!” Estas frases tan concisas, más vagas que las que da por recogidas el Doctor Basch, están de acuerdo con los informes del Doctor Agustín Reyes que asistió á la ejecución, y parecen conformarse más con el estado moral que guardaba Maximiliano.

Miramón protestó con voz enérgica contra la acusación que se le hacía de traidor, en estos términos: “¡Soldados de México! ¡Conciudadanos! en los momentos en que la vida no me pertenece ya, pues que dentro de pocos instantes habré muerto, declaro á la faz del mundo que es una vergüenza acusarme de traición. He combatido por mi país, en favor del orden y por esta causa caigo hoy con honor. Mis hijos jamás llevarán el estigma con que indignamente se ha pretendido señalarme. ¡Viva México! ¡Viva el Emperador!”

Las últimas palabras se confundieron con las detonaciones de los fusiles que lanzaban proyectiles contra los reos. ¡Todo había concluido! (1)

Pocos minutos después eran levantados los tres cadáveres, tintos en sangre y agujereados por las balas. Las tropas regresaron á sus cuarteles, y la multitud se dispersó pensativa y silenciosa.

de mexicanos, he venido á México para bien del país y no por ambición. . . . Mi deseo era, hacer la felicidad de mi Patria, la de mis compañeros de armas, á quienes, antes de recibir la muerte quiero dar las gracias por sus sacrificios. ¡Mexicanos! que mi sangre sea la última derramada, y que Dios quiera cimentar la dicha y la paz de este desgraciado país.”

(1) Frente al pelotón que había de fusilarle, colocó Maximiliano sus dos manos sobre el pecho, para indicar el lugar á donde deberían dirigir la puntería; atento á lo que pasaba, conservó sereno el rostro, erguido el cuerpo con un pie hacia delante; su mirada vagaba recorriendo los declives de la cordillera, aquellas alturas del Cimatarío en las que, por un momento, dejó mecer sus más bellas ilusiones; pero su mente iba más allá de aquel horizonte, y se refiere que se le oyó murmurar: ¡Pobre Carlota!

Al ruido de las descargas, los tres sentenciados cayeron al suelo, manchados con la sangre que corría y presa del fuego que abrasaba sus trajes, pues se les había tirado á corta distancia. En todas las iglesias doblaron las campanas. Eran cerca de las siete; algunas señoras vestidas de duelo fueron á humedecer sus pañuelos en la sangre de los fusilados.

Se refiere que después de una primera descarga, Maximiliano hizo seña con la mano y pronunció algunas palabras que parecieron indicar que pedía le tirasen de nuevo; pero las heridas demuestran que lo que se dijo respecto á este asunto fué pura invención, y que los movimientos deben haberse confundido con las convulsiones que precedieron á la muerte.

La partida de defunción de Maximiliano es como sigue:

“Fernando Maximiliano José.—En la ciudad de Querétaro, á las 8 de la mañana del día 18 de Julio de 1867, el ciudadano Juez que suscribe dispuso se levantara la presente acta en que constan las generales de Maximiliano de Hapsburgo, tomadas del periódico de la capital titulado “El Globo,” por no haber otros datos. Fernando Maximiliano falleció en el Cerro de las Campanas, según oficio de la Comandancia, el 19 de Junio próximo pasado, á las siete de la mañana; de 35 años,